

## *Historia de Kimiyo*

Ya desde que se estaba gestando en el vientre materno, su madre consideró a Kimiyo poco más que una molestia. Al nacer fue confiada al cuidado de otra familia y, cuando empezó a ir al colegio, sus padres biológicos no regresaron para hacerse cargo de ella. Aún por entonces no conocía sus caras.

Nada más graduarse en la escuela de Yokohama donde estudió, la vendieron por cien yenes a una casa de geishas llamada Fukumoto. La casa estaba en una ciudad de la costa, a unos treinta kilómetros al oeste del puerto. Las geishas mayores iniciaban a las aprendices en el arte del *shamisen* y del canto. Por naturaleza, ella no estaba bien dotada y era incapaz de usar el plectro como le habría gustado. Al verla incapaz de tocar como se esperaba de ella, su maestra, su «hermana mayor» en la casa, se dejaba llevar por la cólera y la golpeaba en la frente con el plectro. Aquello convirtió la práctica musical en un verdadero suplicio y Kimiyo terminó por aborrecer el *shamisen* hasta extremos inimaginables. Pero aún había otro padecimiento relacionado con el

instrumento. Cuando aparecía un cliente y solicitaba la compañía de su hermana mayor, Kimiyo debía vestirse para la ocasión, llevar el *shamisen* y acompañarla a la sala designada para el encuentro. En la sala había sirvientas que aprovechaban para cuchichear y repetirle sin descanso que era mestiza, y eso la hería como si lacerasen su cuerpo. Llevaba el pelo trenzado, tenía el rostro blanco y unos ojos grandes y redondos de color marrón, cierto, pero el conjunto de sus facciones se alejaba de los rasgos comunes entre los japoneses.

Le dieron el nombre de Kimiyo y, un mes de marzo, cuando apenas contaba dieciséis años, empezó a presentarse sola en la sala, peinada con un moño al estilo *shimada*<sup>1</sup>. A pesar de su condición de geisha, no tocaba bien el *shamisen* y tampoco sabía bailar, por lo que, desde el mismo día de su debut, se convirtió en una de las que debían vender su cuerpo a un precio determinado por noche para satisfacer los violentos deseos sexuales de los clientes. Por entonces había adquirido ya una deuda de alrededor de mil yenes a cuenta de su padrastro. Tras el fracaso de su negocio de importación y exportación en Yokohama, el hombre se limitaba a beber, desatendía sus asuntos, cada vez más ruinosos, y se ausentaba del hogar por largos períodos de tiempo. Iba a menudo a Fukumoto, pues era un viejo amigo del propietario de

---

1 Peinado tradicional muy usado por las geishas. [En lo sucesivo y salvo que se indique lo contrario, todas las notas son de los traductores].

la casa. Pedía crédito por cincuenta o cien yenes y lo cargaba a Kimiyo, convirtiendo de ese modo las monedas en una cadena que enredaba y atrapaba cada vez más el cuerpo de la joven. Kimiyo sabía de la existencia de sus padres biológicos y no guardaba rencor a su padrastro por sus actos. Se mostraba mucho más agradecida con ese hombre que la había criado desde que era un bebé que por esas otras personas que nunca habían vuelto a interesarse por ella después de traerla al mundo, fuera cual fuera la razón que hubieran tenido para abandonarla. Cuando veía a su padrastro entrar por la puerta de la casa de geishas con sus cuarenta años, en el apogeo de su masculinidad, con el pelo teñido y, a menudo, apestando a alcohol, lo llamaba «padre» y nunca dejó entrever el más mínimo rencor en ninguno de sus gestos. Kimiyo asumía que se había convertido en geisha para devolverle el favor, se sentía digna de alabanza por abandonar su cuerpo a sus obligaciones e incluso encontraba cierto placer y consuelo en esa forma de vida.

La primera vez que vi a Kimiyo fue hace cuatro años, a comienzos de verano. Yo comía con dos amigos en un restaurante. Pedimos una geisha y se presentó ella. Al poco empezó a tocar para satisfacer a uno de mis amigos, pero el desencuentro entre la púa y las cuerdas resultaba irritante, y mi amigo se enfadó tanto que llegó a espetarle que cómo se atrevía a llamarse geisha. Sorprendentemente, Kimiyo no pareció inquietarse. Su gesto solo denotó un vago aburrimiento por los reproches. Dejó el *shamisen*

y empezó a hablar con palabras dulces y melodiosas como las notas de un piano, empujadas por su corta lengua. Cuando nos marchamos, los tres estuvimos de acuerdo en que resultaba demasiado inocente para ser una geisha de categoría inferior. Durante el siguiente mes la llamamos tres veces para que nos acompañase. Por aquel entonces me había separado de una mujer a la que ya casi consideraba «mi mujer». Había convivido un año con ella. Por si fuera poco, me había quedado sin el escaso trabajo que tenía. Había arrastrado mi cuerpo exhausto desde Tokio hasta mi ciudad natal, en la costa. Comía en casa de mis padres, a pesar de lo incómodo de la situación, y abrigaba una inquietud difusa como quien se agarra a una nube. Mis amigos vivían situaciones parecidas. Bebíamos mucho e, incapaces de pagar nuestras deudas de alcohol, poco a poco quedábamos atrapados en aquel lugar, convertidos en sus rehenes. Era el nuestro un juego disparatado sin ninguna perspectiva de futuro.

Un día salí de casa vestido con un kimono remendado de sarga y caminé a lo largo del foso del castillo, donde ya brotaban las ramas de los cerezos. Oí entonces a mi espalda la voz de una joven y me giré con los ojos cargados de deseo. Vi a Kimiyo vestida con una *yukata*<sup>2</sup> a pesar de que estábamos aún a mediados de junio. Iba acompañada de otra geisha. Noté un golpe de

---

2 Quimono de verano.

calor en las mejillas. No la veía desde hacía casi un mes. Me acerqué un tanto avergonzado, con la mirada baja. Les pregunté adónde iban. Kimiyo dijo que se dirigían al parque Kōmine. Me ofrecí a acompañarlas y, como única respuesta, ella se limitó a bajar la barbilla hacia el pecho. A pesar de todo, las acompañé.

Caminamos junto al castillo, atravesamos el recinto del santuario Ninomiya y, tras recorrer una calle luminosa donde las hojas nuevas de los árboles resplandecían como cristales, llegamos al parque, rodeado de colinas por tres de sus cuatro puntos cardinales. En un rincón de la parte norte del cerro situado hacia el oeste se erigía una estatua en memoria del poeta Tohoku Kitamura, oriundo de la ciudad. En una de las piedras del conjunto, rematada en la parte superior por las malas hierbas, había una inscripción firmada por Tōzon Shimazaki. Me senté en un humilde banco de madera frente a la estatua. Kimiyo se sentó junto a mí. Su acompañante se dispuso a sentarse a su lado. Tenía aspecto de ser una de las sirvientas de la casa. Se preocupaba por no mancharse la *yukata*.

Ante nosotros se extendía una cuenca de hojas verdes y frescas. En dirección este, la colina descendía hacia la ciudad, adoptando una forma parecida a un hombro, y por allí se alcanzaba a ver el mar. La brisa arrastraba el aroma de las hojas de los árboles, pero yo sentía como si me atragantase. Alrededor del pecho de Kimiyo, en-

vuelto en la *yukata*, apreciaba un olor a carnes prietas, las de una chica de dieciséis años.

—¿Qué haces cuando estás en casa y te aburres? —le pregunté.

—Saco mis muñecas del armario para jugar con ellas.

—¿Cómo? ¿Juegas con muñecas?

—Sí.

En la respuesta de Kimiyo había frescura, como si no le importase quién pudiera escucharla. Comenzó a hablar de sus queridas muñecas con aquel tono de voz suyo que parecía un canto. Conocía su afición a la lectura, a menudo leía la poesía de Tōzon, pero jamás habría imaginado que le gustase jugar con muñecas. Me resultaba increíble, casi milagroso, que se entretuviese con algo así una chica que permitía sin rechistar que su cuerpo fuera carcomido cada noche por toda clase de sujetos a cambio de un poco de dinero.

Bajamos por la escalera de piedra del santuario y nos sentamos de nuevo en una pendiente tapizada de flores de ciruelo. Alcancé unas cuantas flores pequeñas y blancas caídas entre las malas hierbas, que se asemejaban a una abundante mata de pelo negro. Eran para Kimiyo. La otra mujer, con su aspecto de gusano, hizo un mohín que denotaba celos. Yo ya había cumplido treinta años, tenía los ojos hundidos por culpa del cansancio de la vida y, justo delante de mí, se extendía un dulce sueño de primavera en el que me afanaba en buscar flores por aquí y por allá.

En otoño de ese mismo año me marché una vez más a Tokio para tratar de buscarme la vida. Kimiyo se marchó a otra casa de Fukumoto en Goura, cerca de Hakone. A finales del año pasado, tres años después de nuestro último encuentro, me la encontré en la calle Miyakoyi, de regreso en mi ciudad, donde había numerosas casas de té. No se acordaba de mí, y yo mismo me sorprendí al comprobar cómo se había transformado en toda una mujer. Casi me alcanzaba en altura. En el cruce del quimono, a la altura del pecho, que antes producía una impresión de desorden y vacío, se notaba ahora una tensión. Sus bellos ojos me miraban con avidez, fijamente. Sus mejillas angulosas lucían hundidas y la barbilla sobresalía hasta un extremo doloroso. Daba la impresión general de tener cinco o seis años más de los que en realidad tenía. Nos despedimos después de cruzar dos o tres palabras y solo después de Año Nuevo volví a verla en la misma calle, con ese paso apremiante suyo, exhibiendo el cuello blanco del quimono y recogiendo los bajos para caminar más ligera. Enseguida se percató de mi presencia. Me felicitó el Año Nuevo y, después de cruzar nuestras miradas, se marchó.

Mi Año Nuevo no era digno de felicitación alguna. A finales del año anterior había perdido a mi padre. Murió joven, con apenas cincuenta y cuatro años. Yo me había marchado de casa sin atender las obligaciones propias del primogénito y había pasado trece años de penurias, más y más delgado cada día. Mi padre nunca

dejó de preocuparse por mí. Yo no tenía nada con lo que corresponderle y, así, con las manos vacías, me despedí de él para siempre. Por el dolor de la pérdida, habida cuenta de mi libertinaje innato, me di a la bebida sin respetar siquiera los veintisiete días preceptivos de luto. Siempre ebrio, empecé a frecuentar una casa de té, y allí me perdí con una geisha llamada Senmaru. Pero aquello no duró ni tres meses. En la amargura del mundo ni siquiera pude contar con la liberación de olvidarme de todo gracias a un enamoramiento. Al final no me quedó más remedio que apretar los dientes y renunciar a la casa de té. Senmaru nunca había mostrado especial devoción por mí, y tampoco se tomó demasiadas molestias para retenerme, aunque solo fuera por su propio beneficio. Mi amor se extinguió sin obtener nada a cambio. Pero durante los meses de enero, febrero y marzo, cuando Senmaru no venía conmigo por estar ocupada con otros, hacía llamar a Kimiyo. Hablábamos de nuestros recuerdos de aquel día en el parque de Komine y cantábamos algunas canciones infantiles. No obstante, cuando estaba con Senmaru, Kimiyo se transformaba para mí en una mujer más del montón, sin un brillo particular.

Sucedió en cierta ocasión que fui a una cafetería con un amigo. Kimiyo entró con un joven de aspecto tranquilo vestido de traje, con la cara redonda y no más de veintiocho o veintinueve años. Pidieron tostadas. No conversaron mucho y al final se marcharon como si a ella le inquietase mi presencia. Tres o cuatro días



después volví a la casa de té y llamé a Senmaru. Atendía a otro hombre, de manera que me decidí por Kimiyo, que se presentó de inmediato. Estaba bebido, roído por los celos, y nada más verla le pregunté si el hombre del otro día era uno de sus protectores. Parecía esperar la pregunta, y su respuesta fue fluida, a pesar de su corta lengua. No, no era un protector. Era su novio y se habían prometido. Era el hijo de una familia acomodada de la prefectura vecina, un ingeniero civil, pero su madre se oponía a la relación y ya había empezado a maniobrar para que rompiera el compromiso. Ellos, por su parte, se habían jurado fidelidad, resistir a todas las presiones. Me sorprendió que me ofreciera detalles sobre sus amóríos, por los que yo no le había preguntado. Espoleado por una suerte de celos ridículos, le dije que no me parecía un hombre tan enérgico como para oponerse a la voluntad de una madre. Le pregunté algunas otras cosas sin importancia, como si de verdad confiaba en él, pero parecía no escuchar mis palabras. Por un lado, hablaba como si creyera en la victoria del amor y, por otro, parecía rezar por conseguirlo, con mirada ausente. Su actitud me reveló la frivolidad del amor de las geishas. Al mismo tiempo pensé que su cuerpo ya estaba demasiado echado a perder como para vivir la ilusión de un amor tan puro. Antes de que esa boca que hablaba de amor terminara por callarse, me sugirió que por qué no íbamos juntos a Tokio el día 14. Me pedía que la acompañase porque debía atender determinados

asuntos. La casualidad quiso que la fecha coincidiera con el cuadragésimo noveno día desde la muerte de mi padre.

Era la época de la floración de los cerezos. En el teatro de la ciudad ensayaban cantos *nagauta*<sup>3</sup> para una representación, y cuando vi a Senmaru, después de todo un mes, como si fuese una pintura, sentada sobre un tapiz rojo escalonado y cantando aquella canción, *Renjisbi*, me emborraché hasta un extremo difícil de imaginar incluso para mí.

Una semana más tarde, pasadas las once, entre los cerezos alineados a lo largo del foso del castillo, flotaban las lucecillas de las linternas en el aire cálido de la noche. Caminaba junto a Kimiyo, que llevaba el pelo suelto, lo que le daba un aspecto aún más seductor. Apenas nos cruzamos con nadie. De vez en cuando, como si se acordasen de repente de cuál era su supuesta obligación, volvían a caer algunos pétalos.

—Oye, Kimi-chan, ¿por qué no te conviertes para mí en Senmaru?

—No soy bruja, no sé hacer eso. Si supiera, no sería geisha.

—Bueno, pero a mí me gustaría pasear con Senmaru en lugar de hacerlo contigo. Ja, ja.

—Lo lamento.

---

3 Canto acompañado de *shamisen* tanto para el teatro kabuki como para el *yoruri* (de marionetas), así como para canciones populares de la época Edo.

Estaba bebido. El enamoramiento me debilitaba y no dejaba de lamentar el rechazo de Senmaru a mi invitación para pasear de noche bajo los cerezos. Por eso la había sustituido por Kimiyo. Me daba cuenta de mi inconsistencia, de mis argucias, de mi propensión a mudar de chaqueta a la primera de cambio.

—Odio a Senmaru, ja, ja.

—Porque estás enamorado de ella.

—Sí, tal vez tengas razón. Yo te hablo a menudo de la angustia de un amor no correspondido, y tú, del enamoramiento.

—También yo pienso últimamente que los hombres son odiosos. Siento un gran rencor.

—Y eso ¿por qué?

—¿Te acuerdas del hombre del que te hablé? Ahora ya no confío tanto en él.

—¡Ah, tu novio! Hmm...

—Me gustaría tener a alguien en quien poder confiar de verdad. Alguien en quien confiar aunque me vendieran otra vez por su culpa.

—Hmm...

—Nuestra relación no va a durar. Él está lejos y no nos vemos muy a menudo. Además, su madre siempre lo ronda...

—Y tú estás rodeada de clientes, ja, ja, ja.

—Si en diez años termino por comprender que no seré nunca capaz de convertirme en una buena madre, me suicidaré.

—A veces me dejas perplejo. ¿Quieres ser una buena madre? ¡Una buena madre!...

—Sí, es mi único deseo. ¿Te parezco una descarada, acaso?

Aquello de las muñecas que me había contado tiempo atrás y esta intención de convertirse en una buena madre demostraban que bajo el disfraz de geisha solo se escondía una mujer como cualquier otra. Pero los quimonos de gala pesan mucho. Tal vez la piel de sus mejillas flácidas había sufrido demasiado bajo el exceso de maquillaje como para permitirle aún ser una buena madre.

Su padrastro había muerto a causa de una hemorragia cerebral el día 3 de abril. Ella arrastraba todavía aquella deuda heredada de dos mil yenes, pero ya no se sentía en absoluto en deuda con él. Sin embargo, muriéndose el día de su cumpleaños, le había estropeado la celebración.

Publicado originalmente en la revista  
*Roninyo* en junio de 1934.

Título original:

泡／裸木 川崎長太郎花街小説集

Awa/Hadakagi Kawasaki Chōtarō Hanamachi Shōsetsushū

© 2020 Hiroko Kawasaki

All rights reserved.

Publication rights for this Spanish language edition arranged through Kodansha Ltd., Tokyo, through Ogihara Office, Spain.

© 2024 Yoko Ogihara y Fernando Cordobés por la traducción original

© 2024 Hideaki Saito por el prólogo

© 2022 Fulgencio Pimentel en español para todo el mundo

[www.fulgenciopimentel.com](http://www.fulgenciopimentel.com)

Imagen del autor cortesía de Kodansha, Ltd.

Primera edición: septiembre de 2024

Editor: César Sánchez

Editores adjuntos: Joana Carro y Alberto G<sup>a</sup> Marcos

Comunicación: Félix Eloy González

[prensa@fulgenciopimentel.com](mailto:prensa@fulgenciopimentel.com)

ISBN: 978-84-19737-24-3

Depósito legal: LG G 00106-2024



Esta obra ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Cultura.

Impreso en España, U.E.